

Miscelánea de textos recobrados

Rafael Toriz

A Charlotte Whittle

FASCINANTE POR GENEROSO Y PRECISO CUANDO LOGRADO, el oficio del traductor es uno de los pocos donde priman valores en desuso y hasta criminalizados en el presente: elegancia y discreción son características que se notan sin notarse en las traducciones bien escritas, una vocación resuelta de interpretación y de secreto que cultivó con maestría la argentina Aurora Bernárdez (1920-2014), mítica primera esposa de Julio Cortázar.

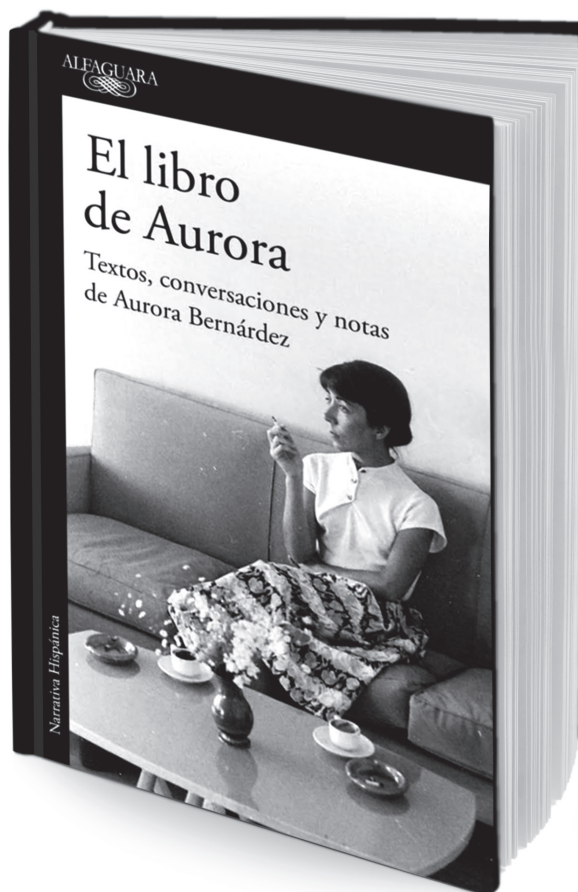
Personaje oblicuo pero constante dentro del elenco estable de lo que fue la *gran familia* de la literatura latinoamericana del siglo xx, su nombre fue bien conocido en círculos de iniciados debido a sus celebradas traducciones. Conocedora del inglés, del francés y del italiano, tradujo al español obras fundamentales de Calvino, Flaubert, Faulkner, Durrell, Valéry, Beauvoir, Camus, Bradbury, Michaux, Cocteau, Sartre, Bowles, Salinger y Sartre por mencionar a unos cuantos. Por ello, la publicación de *El libro de Aurora* constituye una excentricidad de colección que permite que cada quien saque sus conclusiones respecto a una conocida aseveración de Vargas Llosa: “era difícil determinar quién había leído más y mejor, y cuál de los dos decía cosas más agudas e inesperadas sobre libros y autores. Que Julio escribiera y Aurora sólo tradujera (en su caso ese sólo quiere decir todo lo contrario de lo que parece claro está) es algo que yo siempre supuse provisional, un transitorio sacrificio de Aurora para que, en la familia, hubiera de momento nada más que un escritor”.

El libro en cuestión, a la semejanza de un *cabinet de curiosités*, está compuesto por poemas, relatos, anotaciones de cuaderno y una extensa entrevista con el compositor francés Philippe Fénelon que cierra el tomo y provee de información sustantiva, sobre todo, de la intimidad de Cortázar, contada en este caso por una de las personas más importantes en su vida como autor, ya que a su muerte Bernárdez quedó ungida como su albacea literaria.

El libro, auténtica retacería de ocasión, es de calidad notable. Los poemas, decorosos, se dejan leer para una tarde de domingo (“Llenarás las palabras de ti mismo/lleñarás las palabras de palabras,/ llenarás con las cosas las palabras:/quedan siempre vacías”), pero son sus relatos, sin duda, lo mejor de su producción.

Estilista de talento, sus narraciones se solazan en cierta crueldad calculada de niña malcriada e insidiosa, seguramente cobarde. A diferencia de la visión retorcida y despiadada de una Silvina Ocampo —donde los horrores construyen un mundo personal y paralelo— las de Bernárdez son las descripciones de infancia de un temperamento majadero; de ahí su burla de las niñas pobres, de las niñas gordas y de las viejas solas y tristes proclives a los momentos Kodak. Esteta aspiracional, a ratos se cuela entre sus relatos una atmósfera cursi

El libro de Aurora
Aurora Bernárdez
Buenos Aires, Alfagura, 2017, 288 pp.



por su denodado afán de no *parecer* cursi, un cierto snobismo bien intencionado por estar del *lado correcto* del estilo y la elegancia que abjura, por decencia, de palabras como desesperanza y tedio (nada resulta tan kitsch como pretender no serlo). Sin embargo, en el relato “Arrancada” es posible comprender las tribulaciones de una mujer enamorada de un hombre encantador y brillante al que de a poco lo arrancan de sus manos la fama y los vaivenes políticos de la época: “tantas llamadas telefónicas, tantas salidas con gentes nuevas, a casas donde Ángela se sentía fuera de lugar, donde la sentaban a grandes mesas llenas de personas amablemente indiferentes, muy lejos de José”.

El texto, emotivo por lo que la narradora revela de sí misma, es ilustrativo respecto de un momento histórico preciso en la vida de una figura tan convocante y decisiva generacionalmente como Cortázar:

Una noche de fragor popular, José no volvió a casa. A partir de cierta hora de la noche, Ángela empezó a inquietarse... A las nueve de la mañana apareció José, con aire contrito. Se disculpó por no haberle avisado; la *manif* (uso la palabra; a ella le pareció una concesión lamentable a la moda izquierdosa) terminó con unos pocos arrestos, pero él había ido con un grupo a un café donde habían hablado hasta la hora del desayuno... Le dio un poco de pena y al mismo tiempo envidia esa ingenuidad, esa capacidad para creer a una edad en la que todas las esperanzas parecen en general perdidas y uno se refugia en ciertas costumbres gratas para el interesado, inofensivas para los demás.

El relato acaso admita ser leído como la pérdida de una complicidad construida por el tiempo, el desplome de una intimidad sepultada por el malentendido de la fama, la ingenuidad de un elemento de la pareja y la vulgaridad de la política (así como la presencia de jóvenes lagartonas oportunistas, a quienes es posible reconocer por sus iniciales: “U. K. le tendió una mano curiosamente pequeña y blanda. A la altura de sus ojos se balanceaba uno de esos collares *primitivos* notoriamente falsos, que en algún momento habían usado tantas mujeres altas, rubias, libres, convencidas de la belleza del futuro, de la felicidad prometida a los pueblos, del mañana es nuestro y el pueblo unido jamás será vencido”. Y remata observadora: “José entregado a la embriaguez de la fiesta y, también, hasta cierto punto de la otra. Su gran inspiradora, la profetisa del futuro que canta, también se embriagaba, pero concretamente de alcohol. En el terreno de la revolución Ángela le sospechaba una distancia que no era producto de la inteligencia crítica, sino de un cierto oportunismo, de un cinismo disimulado. De esa gente, en suma, que siempre tiene algún conocido en la policía”.

Testimonio de una mujer muy singular, las páginas de Bernárdez se leen con provecho y desde luego con cierta melancolía: una auténtica miscelánea que dibuja una época que ya no existe. ■■■